

DINÂMICAS SOCIOESPACIAIS EM REDES INTERDISCIPLINARES

1

ORGANIZAÇÃO

AUGUSTO CÉSAR PINHEIRO DA SILVA

Editora PUC Rio
Departamento de Geografia e Meio Ambiente
CAPES
GeTERJ
15 anos 2020
Gestão Territorial no Estado do Rio de Janeiro

DINÂMICAS SOCIOESPACIAIS EM REDES INTERDISCIPLINARES

1

ORGANIZAÇÃO
AUGUSTO CÉSAR PINHEIRO DA SILVA

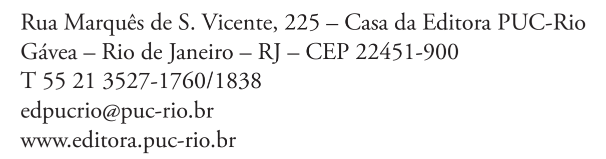








©Editora PUC-Rio


Rua Marquês de S. Vicente, 225 – Casa da Editora PUC-Rio
Gávea – Rio de Janeiro – RJ – CEP 22451-900
T 55 21 3527-1760/1838
edpucrio@puc-rio.br
www.editora.puc-rio.br



Coordenador e editor
Felipe Gomberg

Editora Assistente
Lívia Salles

Produtora editorial
Tatiana Helich Lopes

Revisão de texto: Carmem Becker
Projeto gráfico de capa e miolo: F/damatta Design
Diagramação de miolo: SBNigri Artes e Textos Ltda.

Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP)

Dinâmicas socioespaciais em redes interdisciplinares [recurso eletrônico] / Augusto César Pinheiro da Silva (organizador). – Rio de Janeiro: Ed. PUC-Rio, 2020.

1 recurso eletrônico (382 p.)

Descrição baseada na consulta ao recurso eletrônico em 25 de junho de 2021

Inclui bibliografia
Exigências do sistema: conexão com a Internet, World Wide Web browser e Adobe Acrobat Reader
Disponível em: http://www.editora.puc-rio.br/cgi/cgilua.exe/sys/start.htm?infoid=979&sid=3
ISBN (e-book): 978-65-88831-10-6

1.Humanidades. 2. Ciências sociais. 3. Geopolítica. 4. Artes, Linguagem e Educação. I. Silva, Augusto Cesar Pinheiro da.

CDD: 910.091732

Elaborado por Lizandra Toscano dos Santos – CRB-7/6915
Divisão de Bibliotecas e Documentação – PUC-Rio

SUMÁRIO

CAPÍTULO 8

Entre el recelo y el desconocimiento. Las relaciones hispano-brasileñas durante la crisis cubana de 1895-1898

Agustín Sánchez Andrés
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

La crisis cubana y el viraje de la diplomacia española en América Latina

El mantenimiento de la soberanía española sobre Cuba y Puerto Rico tras la independencia del resto del Imperio español condicionó la política española hacia el continente americano durante los dos últimos tercios del siglo XIX. El difícil anclaje de las colonias antillanas – en las que subsistía la esclavitud – en el Estado-Nación liberal español provocó que un sector de la oligarquía criolla tratara de sustraer estas islas al control de la metrópoli durante la segunda mitad de la centuria. En una primera etapa, la sacrocracia cubana buscó la anexión de la isla a los Estados Unidos como un medio para ver garantizados sus intereses comerciales y el mantenimiento de la esclavitud. El fracaso de las expediciones anexionistas dirigidas por Narciso López entre 1848 y 1851 y la posterior abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, tras la Guerra de Secesión, acabaron llevando a un sector de las élites criollas a articular un proyecto independentista. El fracaso de los intentos de reforma del régimen colonial en el ocaso del período isabelino y la profunda crisis atravesada por la metrópoli durante el Sexenio Revolucionario crearon las condiciones para un levantamiento independentista generalizado. La derrota de los independentistas cubanos en la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y en la llamada Guerra Chiquita (1879-1880) mantuvo a Cuba y Puerto Rico bajo el control español, pero no resolvió el problema creado por la emergencia de una incipiente conciencia nacional y por la existencia de un desigual marco de relaciones entre la metrópoli y sus colonias antillanas. La abolición gradual

de la esclavitud entre 1880 y 1886 y la creciente dependencia económica de la isla de los Estados Unidos pusieron fin a cualquier interés que las élites criollas pudieran tener por seguir bajo el dominio español. Esta situación, unida a la creciente amenaza representada por los Estados Unidos, determinó que la cuestión de Cuba gravitara sobre las relaciones de España con los países latinoamericanos durante el último cuarto del siglo XIX.

El inicio de un nuevo levantamiento independentista en Cuba en febrero de 1895 obligó a adaptarse a la nueva situación a la diplomacia española en Latinoamérica y movió al gobierno conservador de Antonio Cánovas, que llegó al poder en marzo, a desarrollar una estrategia común hacia el conjunto de la región. Las líneas generales de la nueva política española estaban contenidas en la circular enviada por el ministro de Estado, Carlos Manuel de O'Donnell, duque de Tetuán, a la totalidad de las legaciones latinoamericanas el 11 de octubre de 1895, matizada de manera más extensa por otra circular del 7 de diciembre de 1895.

Ambas órdenes creaban el marco genérico para la acción de la diplomacia española en América Latina durante la crisis cubana. La primera establecía las bases para que la legación española en los Estados Unidos coordinara las actividades del conjunto de representaciones hispanas en el continente americano.[1] La circular de diciembre respondía, por su parte, a la inquietud del ministro español en Uruguay, Ramiro Gil, en relación con la actitud que la legación en Montevideo debía adoptar en torno a la cuestión cubana.[2] Ello llevó al Ministerio de Estado a establecer las líneas generales de la diplomacia española en Latinoamérica a fin de reglar el comportamiento de todas sus legaciones en la región. Las directrices del Ministerio de Estado estaban orientadas, en primer lugar, a impedir que ninguna república latinoamericana reconociera la beligerancia de los independentistas cubanos, como había sucedido durante la Guerra de los Diez Años, y solo en un segundo plano a evitar que las actividades del exilio cubano en América Latina llegaran a constituir un peligro para la seguridad de Cuba y puerto Rico.

El duque de Tetuán realizaba con este fin un extenso análisis de las diferentes situaciones que los representantes españoles tendrían probablemente que afrontar. El Ministerio de Estado señalaba a sus representantes en el continente que su respuesta debía estar determinada tanto por el tipo de actividad desarrollada por los activistas cubanos, como por el tratamiento dado a ésta por la legislación local:

> La primera consideración que debe tener presente para determinar su línea de conducta ante los trabajos y manifestaciones separatistas es la mayor o menor legalidad con que se lleven a cabo según las leyes de ese país. Puede ocurrir que dichas leyes, inspiradas en principios exageradamente liberales, no consientan intervención del Poder ejecutivo para poner coto a manifestaciones, publicaciones y toda clase de propaganda, y puede ocurrir, por el contrario, que las disposiciones legales den campo para que intervenga directamente el gobierno. En el primer caso, la acción diplomática debe ser muy escasa y no traspasar jamás el carácter confidencial y oficioso, en el segundo los medios de acción serán mucho más extensos (...) Distinguirá V. S. las manifestaciones y trabajos filibusteros realizados por simples particulares de aquellos que pueden llevar a cabo corporaciones o individuos más o menos íntimamente ligados con la entidad gobierno; en la primera hipótesis procederá con prudente cautela y ejercitará solamente la vía confidencial y oficiosa y en la segunda, según su importancia, podrá llegar hasta la protesta, dando inmediata cuenta a este Ministerio.[3]

Las dos circulares reflejaban la actitud precavida adoptada por la diplomacia española, decidida a evitar las complicaciones internacionales que se habían suscitado con algunas repúblicas americanas durante la primera crisis cubana. Con este objetivo en mente, se ponía especial énfasis en recomendar a sus representantes en el continente que mantuvieran un perfil bajo y actuaran con suma discreción, así como que utilizaran la vía oficiosa siempre que fuera posible. Se ordenaba asimismo que consultaran previamente con Madrid cualquier medida que pudiera poner en peligro las relaciones con los Estados ante los que estaban acreditados. El duque de Tetuán trataba de evitar con ello que la nueva crisis cubana entorpeciera el proceso de normalización de las relaciones con las repúblicas americanas iniciado una década antes a raíz de la llegada de Segismundo Moret a la cartera de Estado.

Las relaciones hispano-brasileñas se plegaron desde un principio a las nuevas directrices. Tanto el cónsul en Río de Janeiro y encargado interino de negocios, José de Romero, como posteriormente el nuevo ministro plenipotenciario, José Llavería y Hertzberg, se esforzaron por lograr la colaboración de las autoridades brasileñas por medio de gestiones casi siempre confidenciales y evitar de este modo los continuos incidentes que habían enturbiado las relaciones con Brasil durante la Guerra de los Diez Años.

Unas relaciones distantes

España reconoció la independencia del Brasil en diciembre de 1834, dos años antes que la de México, la primera de las antiguas colonias españolas en ser reconocida por su antigua metrópoli. Las relaciones bilaterales se caracterizaron sin embargo desde un principio por el mutuo desinterés, derivado del escaso peso de los vínculos políticos, comerciales y culturales entre ambos países.[4] La estancia del diplomático y literato español Juan Valera al frente de la legación española en Río de Janeiro, entre 1851 y 1853, permitió difundir en España algunos aspectos de la vida en la corte carioca de Pedro II y facilitó un mejor conocimiento de la poesía brasileña por parte de los círculos literarios madrileños a raíz de la publicación por Valera de *De la poesía del Brasil. Genio y figura*.[5] Este acercamiento no llegaría, sin embargo, a fructificar, como pone de manifiesto la tardía traducción al español de la obra de Machado de Asís y su aún más tardía difusión en España ya entrado el siglo XX (Domínguez, 2010, p. 68-69).

La Guerra del Pacífico tensó momentáneamente las relaciones entre ambos gobiernos a raíz de la preocupación brasileña por el creciente intervencionismo europeo en la región, que le había llevado a romper relaciones con Gran Bretaña en 1863. El gobierno brasileño, que había ofrecido inicialmente su mediación, declaró su neutralidad en el conflicto que entre 1864 y 1866 enfrentó a España con una coalición sudamericana integrada por Chile, Perú, Ecuador y Bolivia, pero condenó el bombardeo de Valparaíso por la escuadra española y condicionó el mantenimiento de su neutralidad a que los buques de guerra españoles que hacían escala en Río de Janeiro no continuaran su viaje al Pacífico (Oliveira, 1997, p. 383-384). El estallido de la Guerra de la Triple Alianza evitó finalmente que el gobierno brasileño pudiera adoptar alguna medida más agresiva hacia Madrid.

El desarrollo de la primera guerra de independencia de Cuba entre 1868 y 1878 no contribuyó a mejorar las relaciones entre los dos países a causa de la simpatía de amplios sectores de la sociedad brasileña por la causa cubana y de la tolerancia del gobierno imperial hacia las actividades de las sociedades creadas por el exilio cubano. El final de la Guerra de los Diez Años puso fin a estas fricciones, al tiempo que el inicio de la masiva emigración española a Brasil en la década de 1880 incrementó las relaciones migratorias y comerciales entre los dos países. La visita del emperador

Pedro II a Madrid en 1887 contribuyó a mejorar las relaciones entre los dos países, coincidiendo con el acercamiento hacia Latinoamérica impulsado por Práxedes M. Sagasta (Pino, 2007, p. 81).

En este contexto, el gobierno español trató de evitar que la caída del régimen imperial en 1889, celebrada por los círculos republicanos españoles, pudiera llegar a afectar a las relaciones bilaterales. Estas se vieron puestas a prueba además por el levantamiento de la armada brasileña y el subsiguiente bloqueo de Río de Janeiro y, sobre todo, por el estallido de la Revolución Federalista en los estados meridionales de Rio Grande do Sul, Santa Catarina y Paraná entre 1893 y 1895. La existencia de un gran número de inmigrantes peninsulares en los estados rebeldes, que en algunos casos se vieron implicados en el movimiento revolucionario maragato, y la dureza de la represión practicada por las fuerzas expedicionarias federales al mando del general Hipólito Pinto multiplicaron las reclamaciones de los ciudadanos españoles en Brasil (Brancato, 1985, p. 25-38).

Esta situación colocó al gobierno liberal español ante el dilema de presionar a las autoridades brasileñas para exigir que respetaran las vidas y propiedades de los inmigrantes españoles en el sur de Brasil, como habían hecho las restantes potencias europeas, o adoptar una actitud más pasiva, limitándose a gestionar de manera confidencial las reclamaciones de los damnificados por la represión de la Revolución Federalista que no estuvieran directamente implicados en la insurrección. Esto último suponía aceptar la posición del gobierno del mariscal Floriano Vieira Peixoto, que sostenía que las autoridades federales no eran responsables de los daños sufridos por los residentes extranjeros en el país a causa de levantamientos internos.

El encargado de negocios español, Romero, propugnaba la segunda opción, en sus instrucciones a Francisco Alsina, vicecónsul en Pelotas.[6] Su posición contemporizadora fue aprobada por el ejecutivo de Sagasta, ya que esta política sentaba un valioso precedente para que la diplomacia española pudiera reclamar la reciprocidad de las autoridades brasileñas en el caso de un nuevo estallido revolucionario en Cuba. Por otra parte, el acercamiento a Brasil, en un momento en el que las relaciones brasileñas con las potencias europeas atravesaban una etapa de marcada tensión, permitía al gobierno liberal español redimensionar su papel en la región e incluso plantear la posibilidad de ofrecer al gobierno de Río una mediación que pusiera fin a la creciente tensión con las potencias europeas (Love, 1971; Rodrigues, 1995). Si bien, la

mediación no se materializó, esta política permitió a la diplomacia española conseguir que las autoridades brasileñas se comprometiesen a resolver las reclamaciones presentadas por los inmigrantes españoles afectados por el movimiento revolucionario y expresase a Madrid su satisfacción por la actitud de respetuoso distanciamiento que había mostrado durante la represión de la revuelta.[7]

El gobierno de Prudente de Morais y la cuestión de Cuba

El respaldo español a las autoridades federales durante la Revolución Federalista favoreció la neutralidad brasileña tras el estallido de una nueva revuelta independentista en Cuba en febrero de 1895. El gobierno presidido por el paulista Prudente José de Morais Barros, que había accedido al poder en noviembre de 1894, manifestó a Romero que su administración estaba decidida a seguir una política de estricta neutralidad frente a lo que consideraba un asunto interno de España.[8]

Ello no significaba que la decisión oficial fuera compartida por importantes sectores de la sociedad brasileña que simpatizaban con la lucha de los rebeldes cubanos. La escasa importancia de la colonia cubana en Brasil, determinó que la defensa de la independencia de Cuba fuera abanderada por los grupos más radicales de la oposición republicana, los denominados jacobinos, dirigidos por el diputado Timoteo Costa.

La decisión de Prudente de Morais no despejó del todo la preocupación española ante el creciente acercamiento del Brasil republicano a los Estados Unidos. Este se puso de manifiesto con la designación en 1893 del presidente estadounidense Grover C. Cleveland como mediador de las disputas limítrofes entre Brasil y Argentina. El laudo arbitral proclamado en febrero de 1895 fue enteramente favorable a Brasil, al establecer la frontera en los ríos Pepiry-Guazú y San Antonio. Las reiteradas declaraciones de las autoridades brasileñas a favor de la Doctrina Monroe, la fundación de una ciudad en Paraná con el nombre del mandatario norteamericano y el inicio de la erección de un monumento a James Monroe en Río de Janeiro en 1994, se enmarcaban en este acercamiento, incentivado por los recientes problemas de Brasil con varias potencias europeas (Abranches, 1915; Calmon, 1943).

Estos hechos no pasaron desapercibidos para la prensa europea. Los periódicos españoles, en particular, manifestaron su preocupación por que pudieran presagiar el inminente reconocimiento de la beligerancia cubana por parte de las autoridades

brasileñas, si España no lograba acabar pronto con la insurrección. Ello llevó al duque de Tetuán a preguntar a Romero una y otra vez sobre la sinceridad de la posición oficial brasileña, al tiempo que recomendaba a éste la máxima prudencia a fin de evitar cualquier conflicto con las autoridades brasileñas.[9]

La diplomacia española estaba particularmente inquieta por el creciente activismo del numeroso colectivo español en Brasil. El recuerdo reciente de la extrema dureza de la represión practicada por las tropas federales para suprimir la Revolución Federalista persuadió a la mayoría de la inmigración española de la conveniencia de evitar manifestaciones de patriotismo exaltado con motivo de la Guerra de Cuba, similares a las que se producían por entonces en los países del Río de la Plata (Pérez, 1998; García, 1998; Andrés, 2016).

Pese a ello, un reducido grupo de peninsulares comenzó en el verano de 1895 a crear un clima de agitación nacionalista para tratar de movilizar al resto del colectivo español en Brasil. Este grupo estaba dirigido por varios comerciantes y profesionistas acaudalados de Río de Janeiro. Desde las páginas del periódico *La Unión Española* emprendió una campaña, acompañada del envío de gran número de telegramas al Ministerio de Estado, en la que aseguraba que más de 4.000 españoles se habían inscrito en los distintos consulados españoles en Brasil para marchar a Cuba como voluntarios a luchar contra los insurrectos mambises. La campaña de *La Unión Española* produjo cierto grado de excitación en el seno del colectivo migratorio español en la capital carioca.

Estas noticias fueron recogidas por la prensa madrileña, lo que dio lugar a un primer enfrentamiento entre este grupo de prohombres peninsulares y el encargado de negocios de España, que se vio obligado a desmentir públicamente las noticias de la prensa hispana en Río de Janeiro y asegurar que los voluntarios inscritos en la totalidad de la república sudamericana no llegaban al número de cien.[10] Esto no impidió que la campaña iniciada por la Unión Española promoviera el alistamiento de varios cientos de indigentes españoles que, a partir de 1895, comenzaron a ser recogidos por los buques que trasladaban a Cuba a los voluntarios procedentes del Río de la Plata y que hacían escala en Río de Janeiro. Esta situación provocó un lento goteo de inmigrantes españoles provenientes del sur y del interior hacia Río de Janeiro, provocado en gran parte por la crisis económica que afectaba entonces a los estados de Rio Grande do Sul, Parahiba, Minas Gerais e incluso al interior de Sao Paulo.[11]

La concentración de cientos de españoles en situación miserable en los muelles de Río de Janeiro redobló la preocupación de Romero, que temía que pudieran producirse fricciones con la población local. La inquietud del encargado de negocios español se incrementó debido a las simpatías de un sector de la sociedad carioca por los independentistas cubanos.

A diferencia de la colonia española, la inmigración cubana en Brasil estaba compuesta por menos de un centenar de personas, la mayoría de escasos recursos y concentrados en Río de Janeiro (Palma, 1932, p. 114).Ello hizo que su proselitismo en pro de la independencia de Cuba fuera muy limitado. Pese a ello, la causa cubana encontró desde un principio el respaldo de los sectores más radicales del republicanismo, identificados con las reformas impulsadas por el mariscal Peixoto y conocidos como los *jacobinos* (Habner, 1967). Una parte de la prensa carioca asumió una actitud parecida, en este sentido los diarios *O Paiz* y *Ciudade do Rio* iniciaron una suscripción pública a favor de los rebeldes cubanos, al tiempo que criticaban la política represiva seguida por las autoridades españolas de la isla y reclamaban la concesión de la independencia a las Antillas.[12]

La simpatía de amplios sectores de la sociedad carioca por la lucha de los mambises llevó a los jacobinos a incorporar a su programa político el reconocimiento de la beligerancia cubana, creando comités políticos en varios estados del país para promover suscripciones y donativos destinados a los revolucionarios antillanos. El principal club florianista, la União Brasileira, se manifestó abiertamente a favor de la independencia de Cuba y en octubre de 1895 dirigió una proclama al resto de los gobiernos latinoamericanos instándolos a reconocer la beligerancia de los separatistas cubanos (Hahner, 1976).[13]

La tolerancia del gobierno de Morais hacia estas actividades desesperó al representante español. Romero reclamó sin éxito en repetidas ocasiones a las autoridades cariocas que pusieran fin a los ataques de la prensa brasileña contra España y que prohibieran las colectas destinadas a la Delegación del Gobierno Provisional de la República de Cuba en Nueva York. El gobierno brasileño respondió al encargado de negocios español que carecía de atribuciones para contener los ataques de la prensa a España o para prohibir los actos organizados por particulares a favor de la independencia cubana. Las gestiones de Romero lograron, no obstante, que el ejecutivo brasileño reiterara a la legación a principios de octubre que la presión popular no

alteraría en lo más mínimo la posición del gobierno hacia la Guerra de Cuba, considerada como un asunto interno de España.[14] Un posicionamiento en el que seguramente pesó la actitud adoptada por España, a su vez, durante la recién suprimida Revolución Federalista.

La neutralidad brasileña era, en definitiva, lo que interesaba al gobierno español, que rápidamente hizo suya la posición del gobierno brasileño. Un mes más tarde ordenó a Romero que no volviera a protestar oficialmente por las actividades proselitistas a favor de la causa cubana y que se limitara únicamente a gestiones oficiosas, ayudando con ello a disminuir la presión de la opinión pública sobre el ejecutivo de Morais.[15] Paralelamente, el duque de Tetuán ordenó a Romero en diciembre de 1895 que dejara de publicar desmentidos oficiales de las noticias favorables a los insurrectos cubanos publicadas en la prensa carioca, ya que ello daba lugar a polémicas periodísticas que servían de propaganda a la causa cubana.[16]

Las nuevas instrucciones del Ministerio de Estado llevaron a Romero a subvencionar la aparición de un nuevo diario dirigido a la colectividad española en Brasil, la *Gazeta de España*, de cuya edición en Río se hicieron cargo dos conocidos abogados peninsulares. El nuevo periódico surgía como portavoz oficioso de la legación española en Brasil, con el fin declarado de tratar de neutralizar las simpatías de la prensa brasileña hacia la revolución cubana.[17]

La decisión de Romero fue respaldada por el duque de Tetuán, que autorizó a su representante en Río de Janeiro para utilizar los fondos destinados a publicar en la prensa local noticias favorables a España. La aparición de la *Gazeta de España* privó sin embargo de dichos recursos –que en realidad constituían una subvención encubierta– a los dos principales periódicos españoles en Brasil: *La Iberia* y *La Unión Española*. Ello acentuó la hostilidad de ambos diarios contra Romero, a quien acusaban de no oponerse con firmeza a las actividades proselitistas de los partidarios de la independencia de Cuba. La virulencia de los ataques de ambos diarios contra la legación durante los primeros meses de 1896, impulsó a Romero a pedir a Madrid que le autorizara para solicitar a Morais la expulsión del director de *La Unión Española*.

El Ministerio de Estado aprobó esta medida, pero decidió condicionar su aplicación a lo que decidiera el nuevo ministro de España en Brasil, cuya llegada a la capital carioca estaba prevista para junio de ese mismo año.[18] En efecto, los problemas planteados por la colonia hispana en Brasil hacían imperativo el nombramiento de un

nuevo ministro plenipotenciario para la legación española en Río de Janeiro, vacante desde hacía casi dos años. Con este fin, el duque de Tetuán nombraba el 14 de mayo a José de Llavería como ministro plenipotenciario de España en Brasil, encomendándole mantener la neutralidad brasileña hacia la cuestión cubana.[19]

Mientras se producía su llegada, Romero tuvo que lidiar con el problema representado por la exaltación de los sectores más radicalizados del colectivo español en Brasil. La firmeza del encargado de negocios *ad interim* respondía al temor de que éstos pudieran causar incidentes que pusieran en peligro la neutralidad del gobierno brasileño en la cuestión de Cuba. La estrategia de Romero se reveló acertada y en los siguientes meses el ejecutivo de Morais multiplicó sus gestos hacia España. En marzo, el ministro de Relaciones Exteriores, Augusto de Carlvalho, ordenó a sus cónsules en el extranjero que sometieran a la previa autorización del ejecutivo cualquier envío de armas a Brasil, para evitar que fueran desviadas a Cuba.[20] Poco después, el representante español lograba la destitución del vicecónsul brasileño en Fernandina a causa de sus vínculos con el exilio cubano en Tampa.[21] Finalmente, el ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Augusto de Carvalho, aseguró a Romero "que el gobierno no reconocería la beligerancia hasta que la situación de los insurrectos fuera conforme a los principios del Derecho Internacional", lo que entre otras cosas implicaba el control por éstos de alguna ciudad importante, lo que estaba lejos de suceder.[22]

La cooperación de las autoridades brasileñas fue puesta a prueba el 25 de mayo de 1896, tras la presentación en el Congreso de una propuesta de ley para reconocer la beligerancia de los independentistas cubanos. La proposición fue presentada por el diputado Timoteo Costa, perteneciente a la minoría radical de la Cámara, y contaba con el apoyo de otros trece congresistas:

> A Câmara dos Deputados bem julgando dos esforços do povo do Cuba em pról da sua libertade e independencia desde 1868, confia nos sentimentos americanos do governo da República Brazileira para esperar que ñao se demore o acto reconhecendo beligerantes áquelles cidadaos.[23]

El ejecutivo brasileño no se vio sorprendido por el planteamiento de la cuestión de la beligerancia en el Congreso, ya que la prensa radical llevaba anticipándola desde hacía varias semanas. Informado de las intenciones de los diputados jacobinos,

Morais había telegrafiado días antes a su representante en Buenos Aires para informarse confidencialmente sobre la posición del gobierno argentino y conocía de primera mano la oposición del ejecutivo de José Evaristo Uriburu a dicho reconocimiento.[24] Ello acabó probablemente por decidir al dirigente paulista a oponerse a la propuesta de Costa. En el curso del debate que tuvo lugar en el Congreso, el portavoz de la mayoría parlamentaria, Belisario de Souza, rechazó la propuesta de Costa, al tiempo que defendía la posición gubernamental de considerar la cuestión de Cuba como un asunto interno español, recordando al resto de los diputados la actitud respetuosa de España durante la Revolución Federalista.[25]

El nuevo ministro de España arribó a Río de Janeiro a tiempo de asistir a los debates celebrados en el Congreso de Brasil en torno al reconocimiento de la beligerancia cubana. La preocupación de Llavería se vio incrementada además por la llegada a Petrópolis del general Jacinto R. Pachano, comisionado por el gobierno venezolano para proponer a Brasil una alianza conjunta contra cualquier acción hostil de Inglaterra. La inquietud del ministro español se vio acentuada cuando el representante chileno le confirmó que Pachano traía la misión de gestionar la celebración de un congreso americano "para tratar asuntos mutuos bajo un criterio de prevención recelosa hacia Europa, contando con los Estados Unidos".[26]

El panorama comenzó a aclararse cuando el gobierno brasileño rechazó ambas propuestas, al tiempo que los representantes de Argentina y Chile en Brasil confirmaban a Llavería que sus respectivos gobiernos se opondrían igualmente a la celebración de un congreso americano bajo la supervisión de Washington.[27] El representante español pudo asimismo informar a Madrid del giro de la prensa conservadora hacia la cuestión cubana que, como el prestigioso *Diario de Pernambuco*, era favorable en general a la independencia de Cuba, pero opuesta a que el Congreso reconociera la beligerancia y partidaria de que, si ese era el caso, el ejecutivo no debía hacer caso de dicha recomendación. Ello, unido a las reiteradas garantías de Carvalho de que el gobierno brasileño no reconocería la beligerancia cubana, permitía a Llavería predecir que la propuesta de Costa no saldría adelante.[28]

Dificultades y tensiones durante el gobierno interino de Manuel Vitorino

La retirada de Prudente de Morais por problemas de salud y su sustitución por el vicepresidente, el bahiano Manuel Vitorino Pereira, en noviembre de 1896, coincidió

con la visita a Brasil del delegado de la Junta de Nueva York en el Río de la Plata y Brasil, Francisco de Veiga. Ello incrementó el activismo de los partidarios de la causa de Cuba en Brasil. Llavería logró que Veiga no fuera recibido por ningún miembro del gobierno y consiguió que las autoridades de Río de Janeiro cancelaran una obra teatral a favor de la independencia de Cuba, pero el masivo recibimiento tributado por la población carioca al delegado cubano a su llegada a la capital puso de manifiesto la popularidad de la causa cubana.[29]

Estos acontecimientos alarmaron a Llavería, quien no podía ignorar la pertenencia del presidente interino al ala disidente del Partido Republicano Federal (PRF), que constituía la base del movimiento florianista, el mismo que hasta ese momento había impulsado la campaña a favor de la independencia de Cuba. Ello llevó al ministro español a solicitar una entrevista con el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Dionisio Cerqueira, quien garantizó al representante español que el ejecutivo mantendría la política del anterior gabinete hacia Cuba, negándose a reconocer la beligerancia de los insurrectos cubanos.[30]

Sin embargo, el 15 de diciembre tuvo lugar en Río de Janeiro una multitudinaria manifestación, al conocerse la muerte del caudillo cubano Antonio Maceo en un encuentro con las tropas españolas. La manifestación reunió en la capital carioca a una multitud de cerca de 5.000 personas, según el propio Llavería. El éxito animó a los manifestantes a marchar al día siguiente hasta el palacio de Itamaraty para entregar a Manuel Vitorino un documento en el que se solicitaba el reconocimiento de la beligerancia de los rebeldes cubanos. Una comisión de los organizadores de la protesta, encabezada por un fiscal del Tribunal Supremo, fue incluso recibida por el presidente en funciones de la República, quien se comprometió a dar una respuesta tras consultar con su Consejo de Ministros.[31]

Los incidentes del 15 y 16 de diciembre incrementaron la alarma de Llavería, ya de por sí preocupado por la sintonía del nuevo gabinete con los sectores jacobinos del PRF. La inacción de la policía frente a las agresiones sufridas por un grupo de españoles, que trataban a su vez de organizar una contramanifestación, pareció confirmar los temores del representante español de que el nuevo gobierno se apartaría de la cautelosa política hacia Cuba seguida por Prudente de Morais.

Llavería, quien había tratado infructuosamente de ser recibido por Cerqueira la tarde del 16, logró entrevistarse con el ministro de Relaciones Exteriores al día siguiente. El

general Cerqueira restó importancia a los hechos y aseguró al representante hispano que el presidente en funciones no había hecho más que contemporizar con los manifestantes. Cerqueira lamentó en nombre del gobierno los gritos contra España proferidos durante la manifestación y reiteró que, pese a la agitación popular creada por los jacobinos, el gobierno no estaba dispuesto a reconocer la beligerancia de los rebeldes cubanos.[32] Una semana después, el ministro de Relaciones Exteriores comunicó a Llavería que el gobierno había decidido no responder a la petición entregada días antes por la comisión.[33]

El gobierno canovista aceptó con alivio las explicaciones brasileñas y aprobó la conducta prudente seguida por Llavería. El temor a que Manuel Vitorino acabara por ceder a la presión de los sectores más radicales del PRF y reconociera la beligerancia cubana, provocando de este modo una reacción en cadena que arrastrara a otros gobiernos latinoamericanos, llevó al Ministerio de Estado a adoptar una posición sumamente contemporizadora.

El incremento de la represión en Cuba tras la llegada del nuevo capitán general, Valeriano Weyler, no contribuyó precisamente a mejorar la imagen de España entre amplios sectores de la opinión pública brasileña. La política represiva puesta en práctica por España no llegó a provocar una oleada de refugiados cubanos hacia Brasil, como sucedió en el caso de otros países latinoamericanos, pero la forzada salida de la isla de muchos simpatizantes de la insurrección sirvió a la rapacidad y falta de escrúpulos de algunos contratistas, como el puertorriqueño Francisco Cepeda, quien envió contingentes de cubanos a las plantaciones de azúcar de Pará, donde fueron sometidos a duras condiciones de trabajo, con la connivencia del vicecónsul español en Belém. Llavería denunció esta situación a las autoridades españolas y brasileñas e hizo lo posible para desalentar cualquier movimiento migratorio de cubanos a Brasil.[34]

La cuestión de Cuba sería pronto desplazada del debate político brasileño por el problema de Canudos. El fracaso de las autoridades bahianas para poner fin a la rebelión milenarista del Sertão en enero de 1897 sería utilizado por el ejecutivo federal para presentar al movimiento socio-religioso dirigido por Antonio Conselheiro como una conspiración monarquista contra las instituciones republicanas. En medio de la creciente división del PRF y de la presión de los militares florianistas, el gobierno en funciones de Antonio Vitorino preparó una expedición militar contra Canudos, tratando de utilizar el aplastamiento de la supuesta conspiración monarquista para reforzar su legitimidad y perpetuarse en el poder (Cava, 1968).[35]

En este contexto, las principales fricciones hispano-brasileñas durante los primeros meses de 1897 fueron originadas por la actitud dilatoria del gobierno brasileño hacia las reclamaciones presentadas por los inmigrantes españoles durante la Revolución Federalista. El problema se acentuó cuando el gobierno brasileño suscribió un acuerdo con Italia, que otorgaba un trato preferente a la resolución de las reclamaciones presentadas por los ciudadanos italianos afectados por dicho conflicto. Este acuerdo fue posible gracias al previo despliegue intimidatorio de la Regia Marina en aguas brasileñas. Tras hacerse público el tratado, Llavería se entrevistó con Cerqueira para reclamar las mismas condiciones para sus conciudadanos. El ministro de Relaciones Exteriores se negó a ello, lo que llevó al representante español a solicitar instrucciones a Madrid.[36]

El gobierno de Cánovas juzgó que esta discriminación afectaba gravemente a las relaciones bilaterales, pero consideró inviable realizar una demostración naval similar a la italiana mientras el país afrontaba una dura guerra colonial en Cuba. El duque de Tetuán se limitó, por lo tanto, a ordenar a Llavería que presentara una protesta formal ante el gobierno brasileño y que al mismo tiempo tratara de consensuar una acción conjunta con las restantes naciones discriminadas por el reciente acuerdo ítalo-brasileño:

> Las circunstancias que atraviesa España no permiten acudir a las medidas coercitivas que aparentemente son las únicas que atiende ese gobierno en materia de reclamaciones (...) ni en estos momentos en que por razones de alta política ya conocidas de V. S. nos interesa en grado sumo evitar el más leve rozamiento o pretexto de desavenencia con las repúblicas americanas, parece oportuno recurrir a otros medios menos violentos, pero siempre desagradables para aquel contra quien se dirigen como sería el celebrar un acuerdo con los diversos gobiernos interesados en recabar una resolución justa e idéntica de las reclamaciones pendientes.[37]

El gobierno español no andaba descaminado, ya que los problemas de delimitación de la frontera brasileña con las colonias de Francia e Inglaterra en la Guayana habían incrementado las tensiones entre Brasil y ambas potencias europeas (Rodrigues y Seitenfus, 1995, p. 224-228). El dos de marzo el tercer cuerpo expedicionario enviado contra Canudos era derrotado lo que provocaría una histeria antimonárquica

en el país. No obstante, el inesperado regreso de Prudente de Morais a la presidencia el 4 de marzo de 1897 volvería a reconducir las relaciones entre España y Brasil a un clima de entendimiento.

La neutralidad ambigua de Brasil durante la Guerra Hispano-Norteamericana

Los problemas internos y externos afrontados por el régimen brasileño facilitaron el entendimiento hispano-brasileño. De manera un tanto paradójica, la visita a Brasil de un nuevo delegado de la Junta Revolucionaria de Nueva York, Arístides Agüero, proporcionó la oportunidad para destensar las relaciones bilaterales.

Agüero llegó a Río de Janeiro el 5 de julio como primera escala de una gira proselitista por varios países latinoamericanos. El nuevo delegado cubano fue recibido nuevamente con grandes muestras de entusiasmo popular. Su visita dio pie a que varios diputados senadores y radicales del PRF refrendaran su apoyo a la lucha del pueblo cubano. Para disgusto de Llavería, Agüero logró además ser recibido por la mayoría de los representantes latinoamericanos acreditados en Río de Janeiro.[38]

Prudente de Morais, cada vez más enfrentado a la oposición florianista, tuvo entonces un gesto favorable a España, al rechazar la petición de Agüero de ser recibido por el presidente para entregarle en mano una carta de Tomás Estrada Palma y prohibir que el delegado cubano fuera recibido por ningún otro miembro de su gabinete. El gobierno brasileño reiteró a Llavería, al mismo tiempo, que la presión popular no haría variar su política de considerar la crisis cubana como un asunto interno de España. Por instrucciones del propio Prudente de Morais, el ejecutivo emitió además una circular prohibiendo terminantemente a los funcionarios públicos asistir al mitin organizado el 20 de julio por Agüero en el Club dos Reporters.[39]

Llavería, por su parte, trató sin mucho éxito de mantener apaciguado al turbulento colectivo español de Río de Janeiro. La visita de Agüero había exacerbado el grado de excitación patriótica de los sectores más exaltados de la colonia hispana. La indignación de dichos sectores se desbordó dos días más tarde durante la conferencia ofrecida por el delegado cubano en el Club de la União Comercial. Los enfrentamientos a tiros y pedradas entre grupos de españoles y partidarios de Cuba provocaron varios heridos y motivaron la detención por la policía carioca de varios provocadores peninsulares.[40]

Estos incidentes provocaron una nueva entrevista entre Llavería y Cerqueira, en la que el ministro español solicitó la expulsión de Agüero. El ministro de Relaciones Exteriores rehusó, aduciendo que la legislación brasileña permitía al delegado cubano hacer proselitismo, siempre que no atacara directamente a España. No obstante, el ejecutivo transmitió a los organizadores de la visita de Agüero – encabezados por José do Patrocinio, el director del principal periódico jacobino, *Ciudade do Rio* – su preocupación por los incidentes que pudiera provocar la celebración de nuevos actos multitudinarios a favor de la independencia de Cuba. Sus indicaciones no fueron atendidas por los sectores florianistas, que se habían adueñado de las calles tras el retorno de Prudente de Morais, creando un clima de agitación antigubernamental. Las autoridades fueron entonces más allá y prohibieron directamente un nuevo mitin de Agüero convocado en la plaza de San Francisco.[41] La actitud del gobierno de Morais dio al traste con los proyectos de Agüero, quien el 23 de septiembre abandonó Río de Janeiro para dirigirse a Montevideo.[42]

El éxito de la cuarta expedición militar contra Canudos, que terminó con la destrucción de la población y la masacre de los conselhistas contribuyó a reforzar al gobierno de Prudente de Morais. El frustrado intento de asesinato del presidente, en un atentado en el que resultó muerto el general Carlos Machado Bittencourt, ministro de la Guerra, permitió al gobierno decretar el estado de sitio en Río de Janeiro y Niterói y desarticular a la oposición florianista que había estado detrás del intento. El dominio de las calles pasó entonces de los jacobinos a los sectores más conservadores del PRF que apoyaban al gobierno. El gobierno arrestó por sospechas de complicidad en el atentado a parlamentarios como Pinheiro Machado o el periodista Alcindo Guanabara, que habían destacado entre los promotores del reconocimiento de la beligerancia cubana (Mota; López, 2009).

El nuevo clima político puso fin al activismo de los sectores jacobinos favorables a la causa cubana, lo que facilitó considerablemente la labor de la legación española en Río de Janeiro. Ni siquiera el estallido de la Guerra Hispano-Norteamericana en abril de 1898 movió al gobierno brasileño a modificar su negativa al reconocimiento de la beligerancia de los insurrectos cubanos.

Como en otros países latinoamericanos, el conflicto hispano-norteamericano generó una cierta corriente de simpatía hacia España, sobre todo entre los sectores más conservadores de la sociedad. La legación española percibió este sentimiento y

no dejó de promoverlo mediante una hábil campaña de prensa, en la que curiosamente encontró el apoyo de algunos de los periódicos que más se habían distinguido anteriormente en la defensa de la causa cubana, como el diario *O Paiz*.[43] El resultado de este proceso fue la ruptura del anterior consenso existente en la sociedad brasileña en torno a la cuestión cubana y – como informaba con satisfacción el representante español en sus informes a Madrid – la polarización de la misma, "una parte a nuestro favor y otra en contra nuestra".[44] Esta opinión parece refrendada por la recepción por el consulado español en Río de Janeiro de varios cientos de solicitudes para ir a luchar como voluntarios en las filas españolas, pero a diferencia de 1896 ahora se trataba tanto de españoles como de brasileños, pertenecientes sobre todo en este último caso a "familias de respetable posición social".[45]

El gobierno brasileño, por su parte, adoptó una actitud de "rigurosa neutralidad" hacia la Guerra Hispano-Norteamericana pese a su evidente acercamiento diplomático a los Estados Unidos. A diferencia de la mayoría de los países latinoamericanos, que contemplaron con preocupación la intervención estadounidense en Cuba, el ejecutivo brasileño no ocultó desde un principio su simpatía por la potencia emergente.

La declaración de neutralidad no impidió, por lo tanto, que el gobierno de Prudente de Morais tuviera varios gestos amistosos hacia la administración estadounidense durante el conflicto. En los meses previos a la guerra, el gobierno brasileño ya había accedido a vender a los Estados Unidos los cruceros protegidos *Amazonas* y *Abreu*, que la casa *Amstrong* estaba construyendo en Inglaterra por encargo de aquel (Vega, 1990, p. 86). Pocos días antes de que estallara el conflicto, el ejecutivo brasileño traspasó igualmente a Washington el transporte militar *Nitheroy*. Declarada la guerra, permitió que esta última embarcación permaneciera anclada en Río de Janeiro, atendiendo una petición del Departamento de Estado, que temía que pudiera ser apresada por buques de guerra españoles. Ello era contrario al Derecho Internacional, como no dejó de denunciar reiteradamente la legación española, a cargo para entonces de Luis Pastor, encargado de negocios *ad interim* tras la retirada de Llavería. Pese a ello, las autoridades brasileñas permitieron con diversos pretextos que el *Nitheroy* permaneciera en aguas brasileñas hasta la llegada de los cruceros norteamericanos *Oregon* y *Marietta*, enviados a escoltarlo y a frustrar cualquier ataque español contra mercantes estadounidenses en el litoral brasileño.[46] Para entonces, los

rumores difundidos por la prensa brasileña en torno a un supuesto plan de la armada española para interceptar las comunicaciones entre los Estados Unidos y Sudamérica habían alarmado a las principales compañías exportadoras de café, que cancelaron los fletes en buques norteamericanos.[47]

Ésta resultó finalmente la única afectación para Brasil de la breve Guerra Hispano-Norteamericana. La rápida victoria estadounidense evitó que el conflicto pudiera acabar afectando a las relaciones entre Brasil y España, al tiempo que contribuía a cimentar la alianza estratégica entre Río de Janeiro y Washington, formalizada pocos años después a partir de la llegada del barón de Río Branco al Ministerio de Relaciones Exteriores (Hirst, 2005, p. 3-5; Picupero, 2016, v. II, p. 335-360).

La pérdida de Cuba y Puerto Rico puso fin a la secular presencia española en el continente americano. Ello hizo que las relaciones hispano-brasileñas dejaran de gravitar en el futuro en torno a los factores geopolíticos que las habían condicionado hasta ese momento. Más allá de algunos diferendos menores entre los dos países en torno a la república fantasma de Cumani (Brancato, 1986), las relaciones discurrirían en las siguientes décadas por otros derroteros, caracterizados por un creciente, aunque modesto, incremento de los intercambios comerciales – en parte como resultado de la pérdida de Cuba por España – y por las ocasionales fricciones provocadas por la creciente inmigración española a Brasil (Pino, 2007, p. 82-83).

Notas

1 "Circular del Ministerio de Estado a los representantes españoles en América", 11 de octubre de, en Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Estado, leg. 2896.
2 Gil a Ministerio de Estado, 16 de octubre de 1895, en AHN, Estado, leg. 2896.
3 "Circular del Ministerio de Estado a los representantes españoles en América", 7 de diciembre de 1895, en Archivo Histórico Nacional, Estado, leg. 2896.
4 Las negociaciones que condujeron al reconocimiento español del Imperio Brasileño pueden seguirse en Moreira (1977).
5 Sobre la estancia de Valera en Brasil, *vide* Valverde (1995).
6 Romero a Alsina, 8 de agosto de 1893, en AHN, Estado, leg. 2331.
7 Romero a Estado, 16 de mayo de 1894, en AHN, Estado, leg. 2904.
8 Informe de la Sección de Política de América del Ministerio de Estado sobre la actitud de las repúblicas americanas en la cuestión de Cuba, 1896, en AHN, Estado, leg. 2904. Sobre el ascenso de los paulistas al poder, *vide* June E. Habner, The Paulistas Rise to Power: A Civilian Group Ends Military Rule, en *Hispanic Historical Review*, v. 47, n. 1, p. 145-165, 1967.
9 Ministerio de Estado a Romero, 12 de agosto y 18 de octubre de 1895, en AHN, Estado, leg. 2894.
10 Romero a Ministerio de Estado, 19 de junio de 1895, en AHN, Estado, leg. 2900.
11 Romero a Ministerio de Estado, 16 de octubre de 1895, en AHN, Estado, leg. 2894.
12 Romero a Ministerio de Estado, 10 de septiembre de 1895, en AHN, Estado, leg. 2894.

13 La proclama puede encontrarse en Romero a Ministerio de Estado, 28 de octubre de 1895, en AHN, Estado, leg. 2894.
14 Romero a Ministerio de Estado, 11 de octubre de 1895, en AHN, Estado, leg. 2894.
15 Romero a Ministerio de Estado, 15 de noviembre de 1895, en AHN, Estado, leg. 2894.
16 Romero a Ministerio de Estado, 18 de diciembre de 1895, en AHN, Estado, leg. 2894.
17 Romero a Ministerio de Estado, 10 de enero de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
18 Romero a Ministerio de Estado, 11 de febrero de 1896 e Informe de la Sección Política del Ministerio de Estado, 12 de mayo de 1896, ambos en AHN, Estado, leg. 2900.
19 Tetuán a Llavería, 14 de mayo de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
20 Romero a Ministerio de Estado, 21 de marzo de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
21 Informe de la Sección de Política de América del Ministerio de Estado sobre la actitud de las repúblicas americanas en la cuestión de Cuba, 1896, en AHN, Estado, leg. 2904.
22 Romero a Ministerio de Estado, 1 de mayo de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
23 *Ciudade do Rio*, 26 de mayo de 1896.
24 Llavería a Ministerio de Estado, 19 de octubre de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900. Sobre la política argentina hacia la crisis cubana, *vid.* Sánchez Andrés, *op. cit.*, p. 13-44.
25 Romero a Ministerio de Estado, 4 de junio de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
26 Llavería a Ministerio de Estado, 18 de junio de 1896, en AHN, Estado, leg. 1419.
27 Llavería a Ministerio de Estado, 18 de junio de 1896, en AHN, Estado, leg. 1419.
28 Llavería a Ministerio de Estado, 24 de junio de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
29 Llavería a Ministerio de Estado, 30 de noviembre de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
30 Llavería a Ministerio de Estado, 10 de diciembre de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
31 Llavería a Ministerio de Estado, 18 de diciembre de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
32 Telegrama de Llavería a Ministerio de Estado, 17 de diciembre de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
33 Llavería a Ministerio de Estado, 30 de diciembre de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
34 Llavería a Ministerio de Estado, 19 de octubre de 1896, en AHN, Estado, leg. 2900.
35 Sobre la Guerra del Sertão sigue siendo válido el trabajo clásico del corresponsal de guerra de la cuarta y última expedición contra Canudos, Cunha (1902).
36 Llavería a Ministerio de Estado, 9 de marzo de 1897, en AHN, Estado, leg. 1419.
37 Tetuán a Llavería, 7 de abril de 1897, en AHN, Estado, leg. 2331.
38 Llavería a Ministerio de Estado, 6 y 21 de julio de 1897, en AHN, Estado, leg. 2903.
39 Llavería a Ministerio de Estado, 20 de julio de 1897, en AHN, Estado, leg. 2903.
40 *Gazeta de España*, 21 de julio de 1897.
41 Llavería a Ministerio de Estado, 31 de julio de 1897, en AHN, Estado, leg. 2903.
42 Llavería a Ministerio de Estado, 23 de septiembre de 1897, en AHN, Estado, leg. 2903.
43 Llavería a Ministerio de Estado, 19 de marzo de 1898, en AHN, Estado, leg. 2904.
44 Llavería a Ministerio de Estado, 29 de marzo de 1898, en AHN, Estado, leg. 2904.
45 Pastor a Ministerio de Estado, 16 de abril de 1898, en AHN, Estado, leg. 2904.
46 Pastor a Ministerio de Estado, 21 de abril de 1898, en AHN, Estado, leg. 2904.
47 Pastor a Ministerio de Estado, 8 de marzo de 1898, en AHN, Estado, leg. 2904. Para ese momento los Estados Unidos eran ya el principal mercado para el café brasileño, vide Ferreira (1970).

Referencias bibliográficas

ABRANCHES, Dushee de. Brazil and the Monroe. *Doctrine*. Río de Janeiro: Imprensa Nacional, 1915.

ANDRÉS, Agustín Sánchez. Diplomacia, hispanismo y exaltación patriótica: la política española hacia Argentina y Uruguay durante la crisis cubana, 1895-1898, en Legajos. *Boletín del Archivo Histórico de la Nación*, n. 10, p. 13-45, 2016.

BRANCATO, Sandra María Lubisco. A Espanha e a implementação da República do Brasil, reações entre os políticos espanhóis. *Estudos Iberoamericanos*, v. 6, 1985.

______. Estado livre de Counani: una cuestión diplomática entre España y Brasil en el comienzo del siglo XX. *Estudos Iberoamericanos*, n. 7, p. 39-68, 1986.

CALMON, Pedro. *Brasil e América. Historia de uma política*. Río de Janeiro: José Olimpyo Editora, 1943.

CAVA, Ralph Della. Brazilian Messianism and National Institution: A reappraisal of Canudos and Jaseiro. *Hispanic American Historical Review*, v. 48, n. 3, p. 402-420, 1968.

CUNHA, Euclides da. *Os sertões*. São Paulo: Laemmert, 1902.

DOMÍNGUEZ, Carlos Espinoza. Andanzas póstumas: Machado de Asís en español. *Caracol*, n. 1, 2010.

FERREIRA, Héctor. *Historia político-económica e industrial do Brasil*. São Paulo: Compañía Editora Nacional, 1970.

GARCÍA, Ignacio. Voluntarios españoles del Río de la Plata en la Guerra de Cuba. *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 577-578, p. 113-128, 1998.

HABNER, June E. The Paulistas Rise to Power: A Civilian Group Ends Military Rule. *Hispanic Historical Review*, v. 47, n. 1, p. 145-165, 1967.

______. Jacobinos versus Galegos. *Journal of Inter American Studies and World Affairs*, v. 18, n. 2, p. 125-154, 1976.

HIRST, Mónica. *The United States and Brazil. A Long Road of Unmet Expectations*. Nueva York: Routledge, 2005.

KLEIN, Herbert S. *La inmigración española en Brasil, siglos XIX y XX*. Gijón: Archivo de Indianos, 1996.

LOVE, Joseph L. *Rio Grande do Sul and Brazilian Regionalism, 1822-1930*. Stanford: Universidad de Stanford, 1971.

MOREIRA, Earle D. Macarthy. *Espanha e Brasil: problemas de relacionamento, 1822-1834*. Montevidéu: Editorial Porto Alegre, 1977.

MOTA, Carlos Guilherme; LÓPEZ, Adriana. *Historia de Brasil: una interpretación*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2009.

OLIVEIRA, José M. Cardoso de. *Actos diplomáticos do Brasil*. Brasilia: Senado Federal, v. I, 1997.

PALMA, Valdés. *La revolución de 1895 según la correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York*. La Habana: Editorial Habanera, v. III, 1932.

PÉREZ, María E. El 98 español visto del Uruguay. *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 577-578, p. 129-140, 1998.

PICUPERO, Rubens. La política exterior de la Primera República (1989-1930). In: PIMENTEL, José Vicente de Sá. (Coord.). *Pensamiento diplomático brasileño. Formuladores y agentes de la política exterior (1750-1964)*. Brasilia: Fundação Alexandre de Gusmão, 2016, v. II, p. 335-360.

PINO, Bruno Ayllón. *Las relaciones hispano-brasileñas: de la mutua irrelevancia a la asociación estratégica, 1945-2005.* Salamanca: Universidad de Salamanca, 2007.

RODRIGUES, José Honorio; SEITENFUS, Ricardo A. S. *Una historia diplomática do Brasil (1531-1945)*. Río de Janeiro: Civilização Brasileña, 1995.

SOUZA, José de. La inmigración española en Brasil y la formación de la fuerza de trabajo en la economía cafetalera. In: ALBORNOZ, Nicolás Sánchez de (comp.). *Españoles hacia América Latina, la emigración en masa, 1880-1930*. Madrid: Alianza, 1988.

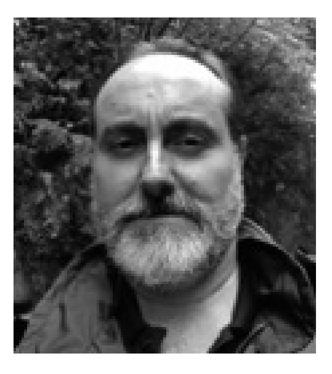
VALVERDE, Concha Piñero. *Juan Valera en Brasil. Un encuentro pionero*. Sevilla: Quäsyeditorial, 1995.

VEGA, Antonio de la. Programas y efectivos navales españoles y norteamericanos (1865-1898). *Cuadernos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, n. 8, p. 86, 1990.



Augusto César Pinheiro da Silva
augustoc@puc-rio.br

Graduado, Mestre e Doutor em Geografia pela Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ). Pós-Doutorado em Geografia Política e Ensino de Ciências Sociais na Universidad Autónoma de Madrid (UAM), entre 2009 e 2010. Bolsista de Produtividade do CNPq (nível 2), desde 2017. Foi bolsista Jovem Cientista do Nosso Estado (FAPERJ), entre 2013-2016. Professor do quadro permanente do Departamento de Geografia e Meio Ambiente da Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro (PUC-Rio). Docente do Programa de Pós-Graduação em Geografia da mesma universidade. É Vice-Decano de Graduação e Pós-Graduação do Centro de Ciências Sociais (CCS) da PUC-Rio e Professor Adjunto da Universidade do Estado do Rio de Janeiro (UERJ). Tem experiência nos estudos geográficos nas áreas de Gestão do Território, Geografia Política e Regional, Políticas Públicas Setoriais, Governanças Cooperativas e Educação Geográfica. É líder dos grupos de pesquisa GeTERJ (Gestão Territorial no Estado do Rio de Janeiro) e da REBRAGEO (Rede Brasileira de Geografia Política, Geopolítica e Gestão do Território); participa ativamente do grupo *Investigaciones Geopolíticas Educativas* da Universidad Autónoma de Madrid (UAM), onde ministrou aulas no mestrado do Departamento de Didácticas Específicas. Coordena o Subprojeto *Dinâmicas Socioespaciais dos Mundos Ibérico e Ibero-Americano em Redes Interinstitucionais* financiado pelo CAPES-Print. Orienta alunos de IC, mestrandos e doutorandos diversos. Avaliador institucional e de cursos de graduação do INEP/MEC, desde 2006 e consultor do CNE, desde 2019.



Agustín Sánchez Andrés
asamadrid@hotmail.com

Profesor-Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México (nivel III). Es Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido Investigador Visitante en diversas instituciones de España, Francia, Reino Unido, Hungría, Chile y Venezuela.



Alexandro Solórzano
alexandrosol@gmail.com

Geógrafo e Ecólogo Histórico do Bioma Mata Atlântica no Brasil. É bacharel e licenciado em Geografia pela Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro (PUC-Rio). Mestre em Botânica pela Escola Nacional de Botânica Tropical do Instituto de Pesquisas do Jardim Botânico do Rio de Janeiro e Doutor em Ecologia pela Universidade de Brasília, com Doutorado sanduíche pela Colorado State University. Professor Adjunto do Departamento de Geografia e Meio Ambiente da PUC-Rio e Coordenador do Laboratório Biogeografia e Ecologia Histórica da PUC-Rio.